

LECCIÓN 2

23 de noviembre de 1966

Voy a intentar trazar para su uso algunas relaciones esenciales y fundamentales, diría yo, que han de precisarse en el comienzo de lo que constituye este año nuestro tema. Espero que nadie objete abstracción por la sencilla razón de que sería un término inapropiado. Como ya verán, no hay nada más *concreto* que lo que voy a plantear, aún si ese término no responde a las cualidades de espesor con que muchos lo connotan.

Se trata de que puedan ustedes sentir una proposición tal como la que hasta aquí solamente he planteado bajo la apariencia de una especie de aforismo que habría jugado en tal giro de nuestro discurso el papel de axioma, una proposición tal como ésta: *no hay metalenguaje*. Fórmula que da la impresión de ir en sentido propiamente contrario a todo lo que tiene lugar, si no en la experiencia, por lo menos en los escritos de quienes intentan fundar la función del lenguaje. Cuando mucho, en muchos casos, acaso muestran en el lenguaje cierta diferenciación de donde les parece bueno partir, por ejemplo partiendo de un lenguaje objeto para, sobre esta base, edificar un cierto número de diferenciaciones. El acto mismo de tal operación parece, en efecto, implicar que para hablar del lenguaje se haga uso de algo que no lo es, o que, en cierta forma, lo envolvería con otro orden que el que lo hace funcionar.

Creo que la solución de esas aparentes contradicciones que se manifiestan, en últimas, en el discurso, en lo que se dice, ha de hallarse en una función que me resulta esencial despejar, por lo menos, por el sesgo por donde voy a intentar inaugurarla hoy, despejarla, y muy especialmente para nuestro propósito, puesto que la lógica del fantasma, a mi parecer, no podría de ninguna manera articularse sin la referencia a aquello de lo que se trata. A saber, algo que, para por lo menos anunciarlo, puntúo con el término de *escritura*.

Por supuesto, eso no quiere decir, sin embargo, que sea lo que ustedes conocen en las connotaciones habituales de esa palabra. Pero si lo escogí es justamente porque debe haber alguna relación con lo que hemos de enunciar.

Un punto justamente con el que habremos de jugar hoy incesantemente es éste: que no es lo mismo *después de que lo hayamos dicho, escribirlo, que escribir que se lo dice*. Porque la segunda operación, esencial para la función de la escritura, precisamente, en el ángulo, en el

sesgo en que hoy voy a mostrarles su importancia para lo que concierne a nuestras referencias más ajustadas al tema de este año, ésta, digo, presenta en seguida y desde su abordaje consecuencias paradójicas. En últimas, ¿por qué no, para despertarlos, volver a partir de lo que, por un sesgo, ya presenté ante ustedes, sin que se pueda decir, creo yo, que me repito? Hace parte suficiente de la naturaleza de las cosas que aquí se agitan el hecho de que emerjan en un cierto ángulo, en cierto sesgo, bajo cierta arista que atraviesa la superficie en la que por el solo hecho de hablar nos vemos forzados a sostenernos, que aparezcan en cierto momento, antes de que adquieran verdaderamente su función. He aquí, pues, lo recuerdo, lo que un día escribí en el tablero y que alguien, en últimas, que aquí está, bien podría hacerme el favor de escribir por mí para que yo no resulte inmerso al nivel de sus respetadas cabezas.

¡Señora! Coja ese pedacito de tiza, haga un rectángulo, escriba... ¡No! hágalo bien grande, casi del tamaño del tablero. ¡Así! Escriba: 1, 2, 3, 4, en la primera línea. ¡No! dentro del cuadro... 1, 2, 3, 4, y escriba luego: el número entero más pequeño que no está escrito en este tablero, debajo de 1, 2, 3, 4 [Risas¹]. No, escriba la frase: “el número entero más pequeño que no está escrito en este tablero”.

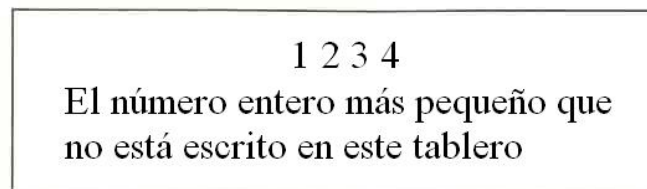


Fig. II-1

Esto habría podido presentarse de una forma diferente, a saber (en lugar de que me hagan el favor que acaban de hacerme, y como yo le agradezco a la persona que amablemente escribió esta frase que ven escrita), que yo habría podido, sin escribirlo, pedirles o hasta si quieren hacer un personaje pequeño de cuya boca habría salido lo que en caricatura se llama una burbuja: “el número entero más pequeño que no está escrito en este tablero”, en cuyo caso todos ustedes habrían estado de acuerdo y yo no los habría contradicho de que es el número cinco. Es claro que a partir del momento en que esta frase se escribe: “el número entero más pequeño que no está escrito en este tablero”, el número cinco, estando por ese mismo hecho escrito allí, queda excluido. No tienen más que buscar si el número entero más pequeño que no está escrito en el tablero no sería por azar el número seis, y caerían en la misma dificultad, a saber, que a partir del

¹ Se puede suponer que la persona escribió en el tablero la cifra 5 [S.].

momento en que plantean la pregunta, el número seis, a título del número entero más pequeño que no está escrito en este tablero, estaría allí escrito y así sucesivamente...

Ésta, como muchas paradojas, sólo interesa, por supuesto, para lo que queremos hacer con ella. Lo que sigue es lo que les mostrará que tal vez no era inútil introducir la función de la escritura por ese sesgo a través del cual ésta puede presentarles cierto enigma. Propiamente hablando, se trata de un enigma, digamos, lógico. Y no es ésta una manera menos adecuada que otra de mostrarles que, en todo caso, hay cierta estrecha relación entre el aparato de la escritura y lo que puede llamarse la lógica. Esto merece también al comienzo ser recordado en el momento en que (creo que la mayoría de quienes están aquí tienen de esto una noción suficiente, y también para quienes no tuvieran ninguna, esto puede servirles como punto de enganche) recordar que, seguramente, si hay algo que caracteriza los nuevos pasos, seguramente, seguramente nuevos... (nuevos en el sentido en que están lejos de poder llegar a ser contenidos de ninguna manera, de llegar a ser absorbidos en el marco de lo que se llamaba la lógica clásica o aún tradicional). Los desarrollos nuevos, digo, de la lógica, están enteramente ligados a juegos de escritura.

Planteemos entonces una pregunta. Desde cuando hablo de la función del lenguaje, desde que para articular lo que concierne al sujeto del inconsciente construí (debo decir que fue necesario que lo hiciera piso por piso y ante una audiencia, ¡de la que lo menos que puede decirse es que al escucharme se hacía de rogar!), que construí el grafo que está hecho para ordenar precisamente lo que en la función de la palabra se define por ese campo, ese campo que necesita la estructura del lenguaje, se trata precisamente de lo que se llama *las vías del discurso* o también lo que llamé *los desfiladeros del significante*. En alguna parte en ese grafo está inscrita la letra A mayúscula, a la derecha, en la línea inferior. (Si alguien puede borrar esto; yo podría rápidamente volver a dibujar todo ese grafo para quienes no lo conocen). Esta pequeña A² que en un sentido se puede identificar con el lugar del Otro que así mismo es el lugar en que se produce todo lo que puede llamarse enunciado en el más amplio sentido del término, es decir, que constituye lo que llamé incidentalmente el tesoro del significante, el cual, en principio, no se limita a las palabras del diccionario. Cuando, precisamente, correlativamente a la construcción de ese grafo, comencé a hablar del chiste, tomando las cosas por el sesgo, lo cual tal vez resultó ser lo más sorprendente y lo más difícil para mis oyentes de entonces, pero que era precisamente indispensable para evitar toda confusión: el trazo *nonsensical* (no “insensato” sino cercano al juego que el inglés

² Sic. [S.] [*Ce petit A*].

define bastante bien, hace resonar el término *nonsense*) que hay en el chiste; de éste, en últimas, para hacer escuchar la dimensión en cuestión que se trataba de despejar allí, mostré entonces su similitud, por lo menos, al nivel de la recepción de la vibración timpánica, su similitud con lo que fue para nosotros en un tiempo de adversidades el “mensaje personal”³. La vez pasada hice una alusión al mensaje personal, es decir, a todo enunciado, en la medida en que se divide “*non-sensicalmente*”, cuando recordé el célebre: *Colourless green ideas...*, etcétera. Entonces, el conjunto de los enunciados, no digo de las proposiciones, hace igualmente parte de este universo del discurso que está situado en A mayúscula.

El asunto que se plantea y que, propiamente hablando, es un asunto de estructura, aquel que le da su sentido a lo que yo digo, que el inconsciente está estructurado *como un lenguaje*, lo cual es un pleonasma en mi enunciación puesto que identifico estructura con ese “como un lenguaje” en la estructura, precisamente, que voy a intentar hoy hacer funcionar ante ustedes:

¿Qué pasa con este universo del discurso en tanto implica ese juego del significante? En la medida en que define esas dos dimensiones de la metáfora, por cuanto la cadena puede siempre empalmarse⁴ con otra cadena por vía de la operación de sustitución en la medida en que, por otra parte, significa por esencia ese deslizamiento que depende de que ningún significante pertenece como tal a ninguna significación. Habiendo recordado esta condición movediza del universo del discurso que permite que esta mar⁵ de variaciones de lo que constituye las significaciones, este orden esencialmente movedizo y transitorio en el que, como lo dije en su momento, nada se detiene⁶ más que a partir de la función de lo que llamé, en una forma metafórica, *puntos de basta*. Se trata hoy de interrogar eso, ese universo del discurso, a partir de ese único axioma, y se trata de saber qué puede especificar este axioma en este universo del discurso. Axioma que es el que adelanté la última vez: que el significante, ese significante que hasta aquí hemos definido por su función de representar a un sujeto para otro significante, ¿qué representa ese significante ante él mismo por su repetición de unidad significante? Esto está definido por el axioma de que ningún significante -así sea, y muy precisamente cuando es reducido a su forma mínima, aquel que llamamos la *letra*- podría significarse a sí mismo.

³ Alusión a las emisiones de la BBC durante la Segunda Guerra Mundial.

⁴ Aquí Lacan deletrea luego la palabra a la que se refiere: *e, n, t, e, r* [injertar, acoplar]; ¿es para diferenciarla de su homónima *hanter* [frecuentar, atormentar, aparecerse]? [T.]

⁵ De nuevo Lacan deletrea la palabra: *m, e, r* [mar]; ¿es para diferenciarla de *mère* [madre]? [T.]

⁶ *S'assure*: se asegura, se fija, se cerciora [T.]

¡No me planteen la objeción de que la costumbre matemática dice precisamente que cuando en alguna parte, y no solamente, ustedes lo saben, en un ejercicio de álgebra, cuando en alguna parte hemos planteado una letra A mayúscula, la retomamos luego como si fuera, en la segunda ocasión en que hacemos uso de ella, siempre la misma! No será hoy cuando les haga un curso de matemáticas. Sepan, sencillamente, que ninguna⁷ enunciación correcta de un uso cualquiera de las letras, así sea precisamente, por ejemplo, en el uso de una cadena de Markov, que es el que tenemos más cerca de nosotros hoy, requerirá que se enseñe (y esto es lo que el mismo Markov hacía) la etapa, en cierta forma propedéutica, requerirá que se haga ver bien que hay sin salida, que hay algo arbitrario, absolutamente injustificable en este uso por segunda vez de la A mayúscula, de hecho enteramente aparente, para representar la primera A mayúscula como si siempre fuera lo mismo. Es una dificultad que está en el principio del uso matemático de esta pretendida identidad. Hoy no tenemos que vérnoslas expresamente con ésta puesto que no se trata de matemáticas. Quiero sencillamente recordarles que el fundamento de que el significante no está autorizado para significarse a sí mismo lo admiten los mismos que, para el caso, pueden hacer de éste un uso contradictorio con ese principio, por lo menos, en apariencia. Sería fácil ver por intermedio de qué resulta esto posible pero no tengo tiempo para extraviarme por ahí. Quiero, sencillamente, y sin cansarlos ya más, proseguir mi intención, que es entonces la siguiente: ¿CUÁL ES LA CONSECUENCIA EN ESTE UNIVERSO DEL DISCURSO, DE ESE PRINCIPIO SEGÚN EL CUAL EL SIGNIFICANTE NO SABRÍA SIGNIFICARSE A SÍ MISMO?

¿Qué especifica este axioma en este universo del discurso en tanto está constituido en últimas por todo lo que puede decirse? ¿Cuál es el tipo de especificación? Y, ¿hace parte del universo del discurso esta especificación que este axioma determina? Si no hace parte de éste, representa para nosotros seguramente un problema. Lo que especifica, repito, el enunciado axiomático de que el significante no sabría significarse a sí mismo, tendría como consecuencia especificar algo que como tal ¡no estaría en el universo del discurso! Cuando precisamente acabamos de admitir en su seno decir que engloba todo lo que puede decirse. ¿Nos hallaríamos ante un deducido que significaría lo siguiente: que lo que de esta manera no puede hacer parte del universo del discurso, no podría decirse de manera alguna? Y, por supuesto, es claro que ya que hablamos al respecto de esto que les traigo, evidentemente no es para decirles que se trata de lo inefable,

⁷ Se habría esperado que fuera “toda”.

temática sobre la que se sabe que por pura coherencia y sin por eso pertenecer a la escuela del señor Wittgenstein⁸, yo considero como: que es vano hablar.

Antes de llegar a tal fórmula, de la cual ven bien que no les ahorro ni el relieve ni la sinsalida que constituye, puesto que, en todo caso, habremos de volver allí (en verdad hago todo lo que puedo para que las vías les queden abiertas en aquello que intento que me sigan), tengamos el cuidado, primero, de poner a prueba lo siguiente: que... lo que especifica el axioma de que “el significante no podría significarse a sí mismo” sigue siendo parte del universo del discurso.

¿Qué plantearemos entonces? Lo que está en cuestión: lo que especifica la relación que enuncié bajo la forma de que “el significante no podría significarse a sí mismo”. Tomemos arbitrariamente el uso de un pequeño signo que sirve en esta lógica que se funda en la escritura, ese ω en el que reconocerán ustedes la forma (tal vez esos juegos no sean puramente accidentales), de mi punzón al que, en cierta forma, se le habría volteado el sombrero, que se habría abierto como una cajita, y que sirve, ese ω , para designar la exclusión en la lógica de los conjuntos. En otras palabras, lo que designa el “o” latino que se expresa con un *aut*: el uno o el otro. El significante en su representación repetida sólo funciona como funcionando la primera vez o funcionando la segunda, entre el uno y el otro hay una hiancia radical, esto es lo que quiere decir que el significante no podría significarse a sí mismo.

S ω S

Suponemos, lo hemos dicho, que lo que determina este axioma como especificación en el universo del discurso, y que vamos a designar con un significante B, un significante esencial, notarán ustedes que lo podemos tomar por el hecho de que el axioma precisa que en una cierta relación y desde una cierta relación no podría engendrar significación alguna. B es muy precisamente ese significante que nada impide que se lo defina como el que marca, si puedo decirlo, esta esterilidad, siendo el significante en sí mismo justamente caracterizado por el hecho de que no hay nada obligatorio, que está lejos de engendrar alguna significación de primera mano. Esto es lo que me da el derecho de simbolizar con el significante B ese rasgo de que la relación del significante consigo mismo no engendra significación alguna.

Pero, para empezar, partamos de lo siguiente que, en últimas, parece imponerse bien, y es que algo que estoy enunciándoles hace parte del universo del discurso. Veamos qué resulta de

⁸ Wittgenstein Ludwig, cfr. el final del *Tractatus logico-philosophicus*, 1921, Traducción de P. Klossowski, Gallimard, París, 1961.

ahí. Por eso es que me sirvo momentáneamente (porque, en últimas, no me parece inapropiado), de mi pequeño punzón para decir que B hace parte de A, que mantiene con él relaciones cuya riqueza ciertamente tendré que poner en juego a todo lo largo de este año, y cuya complejidad les indiqué la última vez, cuando descompuse ese pequeño signo de todas las maneras binarias como puede hacérselo.

$B \diamond A$

Se trata entonces de saber si no hay alguna contradicción que resulte de ahí, a saber, si por el hecho mismo de que hayamos escrito que el significante no podría significarse a sí mismo, podremos escribir, no que ese B se significa a sí mismo sino que, al hacer parte del universo del discurso, puede ser considerado como algo que, en el modo que caracteriza lo que hemos llamado una especificación, puede escribirse *B hace parte de sí mismo*.

Queda claro que la pregunta se plantea: ¿B hace parte de él mismo? En otras palabras, lo que arraiga la noción de especificación, a saber, lo que hemos aprendido a distinguir en diversas variedades lógicas, quiero decir, que espero que haya aquí muchos que sepan que el funcionamiento del conjunto no puede sobreponerse estrictamente al de la clase. Pero que, igualmente, en el origen, todo esto debe arraigarse en ese principio de una especificación. Aquí nos hallamos ante algo cuya similitud debe así mismo resonarles suficientemente en sus oídos con lo que la última vez recordé, a saber, la paradoja de Russel. Porque en lo que enunció, que aquí, en los términos que nos interesan, la función de los conjuntos... (en la medida en que ésta hace algo que yo no he hecho aún, puesto que no estoy aquí para introducirla sino para mantenerlos en un campo que lógicamente está más acá), le introducía algo que, con ocasión de este asunto, tenemos que intentar captar, a saber, lo que funda la puesta en juego del aparato llamado *teoría de conjuntos* que hoy se presenta como absolutamente original, seguramente, para todo enunciado, y para el cual la lógica no es más que lo que el simbolismo matemático puede captar; esta función de los conjuntos será también el principio, y esto es lo que yo interrogo, de todo fundamento de la lógica.

Si hay una lógica del fantasma, es justamente que es más principal respecto a toda lógica que se vierta en los desfiladeros formalizadores en los que se ha revelado, ya lo dije, en la época moderna, tan fecunda.

Intentemos, pues, ver qué quiere decir la paradoja de Russel cuando cubre algo que no está lejos de lo que está ahí en el tablero. Promueve, sencillamente, como envolviendo enteramente,

ese hecho de un tipo de significante al cual toma además por una clase. ¡Extraño error...! Decir, por ejemplo, que la palabra “obsoleta” representa una clase donde estaría comprendida ella misma so pretexto de que la palabra “obsoleta” es obsoleta, es seguramente un pequeño truco de manos que estrictamente no tiene otro interés que el de fundar como clase los significantes que no se significan a sí mismos⁹. Cuando precisamente planteamos como axioma, aquí, que en ningún caso el significante podría significarse a sí mismo y que hay que partir de ahí, es desde ahí que hay que arreglárselas, así sea únicamente para darse cuenta de que hay que explicar de otra manera la palabra “obsoleta” para que se la califique de obsoleta. Es absolutamente indispensable hacer entrar allí lo que introduce la división del sujeto.

Pero dejemos “obsoleta” y partamos de la oposición que lleva a un Russel a marcar algo que sería contradicción en la fórmula que se enunciaría así:

$$(B \diamond A / S \wedge S)$$

de un subconjunto B cuyo estatuto sería imposible garantizar, a partir de lo siguiente: que estaría especificado en otro conjunto A, por una característica tal que un elemento de A no se contendría a sí mismo.

¿Hay algún subconjunto definido por esta proposición de la existencia de los elementos que no se contienen a sí mismos?

Seguramente es fácil, en esta condición, mostrar la contradicción que existe en esto, puesto que nos basta con tomar un elemento y que haría parte de B, como elemento de B, ($y \in B$), para darnos cuenta de las consecuencias que se desprenden a partir del momento en que hacemos al mismo tiempo, como tal que haga parte como elemento de A y que no sea elemento de sí mismo.

$$(y \in B) (y \in A / y \notin y)$$

La contradicción se evidencia al poner B en lugar de y:

$$(B \in B) (B \in A / B \notin B)$$

y al ver que la fórmula funciona por el hecho de que cada vez que hacemos que B sea elemento de B, resulta, en razón de la solidaridad de la fórmula, que puesto que B hace parte de A, no debe hacer parte de sí mismo. Si, por otra parte (habiendo puesto a B sustituido en el lugar de esta y), si por otra parte, no hace parte de él mismo, satisfaciendo de esta manera el paréntesis

⁹ ¿Lapsus? Se esperaría que dijera “los significantes que se significan por sí mismos”.

de derecha de la fórmula, hace entonces parte de sí mismo siendo uno de esos y que son elementos de B.

Tal es la contradicción ante la cual nos pone la paradoja de Russel. Se trata de saber si en nuestro registro podemos detenernos allí, corriendo el riesgo, de pasada, de darnos cuenta de lo que significa la contradicción subrayada en la teoría de conjuntos, lo cual nos permitirá tal vez decir de qué manera se especifica la teoría de conjuntos en la lógica, a saber, qué paso constituye respecto a la que intentamos aquí instituir, más radical.

La contradicción de la que se trata en este nivel en donde se articula la paradoja de Russel radica, precisamente, como nos lo ofrece el solo uso de las palabras, en lo siguiente: que yo lo *digo*.

Porque si no lo *digo*, nada le impide a esta fórmula, más precisamente a la segunda, el mantenerse como tal, escrita, y nada dice que su uso se detendrá ahí. Lo que aquí *digo* no es de ninguna manera juego de palabras porque la teoría de conjuntos en cuanto tal no tiene más soporte que lo que yo escribo¹⁰ como tal, que todo lo que pueda *decirse* sobre una diferencia entre los elementos queda excluido del juego.

Escribir, manipular el juego literal que constituye la teoría de conjuntos consiste en escribir como tal lo que aquí digo, a saber, que el primer conjunto puede estar formado al mismo tiempo por la simpática persona que está hoy mecanografiando por primera vez mi discurso, por el vaho que hay en este vidrio y por una idea que me pasa en este instante por la cabeza, que esto constituye un conjunto por lo siguiente: que yo *digo* expresamente que no existe más diferencia que la que está constituida por el hecho de que yo puedo aplicar sobre esos tres objetos que acabo de nombrar, y que ven ustedes que son bastante heteróclitos, un *trazo unario* sobre cada uno y nada más.

Ahí está, pues, lo que hace que, puesto que no nos hallamos al nivel de tal especificación, puesto que lo que pongo en juego es el universo del discurso, mi pregunta no se encuentra con la paradoja de Russel, a saber, que de ahí no se deduce ninguna sin salida, ninguna imposibilidad, por lo siguiente: que B del que no sé, pero del que he empezado a suponer que pueda hacer parte del universo del discurso, seguramente (aún cuando está hecho de la especificación de que el significante no podría significarse a sí mismo), puede tener tal vez consigo mismo esa especie de relación que escapa a la paradoja de Russel, a saber, demostrarnos algo que sería tal vez su

¹⁰ “que el que yo escriba” [Sizaret].

propia dimensión y a propósito de lo cual veremos en qué estatuto hace o no parte del universo del discurso.

En efecto, si me he tomado el cuidado de recordarles la existencia de la paradoja de Russel es probablemente porque voy a poder hacer uso de ésta para que puedan palpar algo. Voy a hacérselos palpar, primero, de la manera más simple y, luego, de una manera un tanto más enriquecida. Voy a hacérselos palpar de la manera más simple porque desde hace un tiempo estoy listo para todas las concesiones [risas]. ¿Lo que se quiere es que yo diga cosas simples? Pues, bien, diré cosas simples. Ya están ustedes bastante formados gracias a mis cuidados para saber que comprender no es una vía tan directa. Tal vez, aún si lo que yo les digo parece simple, conserven ustedes, sin embargo, alguna desconfianza...

Un catálogo de catálogos. He ahí, en un primer abordaje, por qué se trata en efecto de significativo. ¿Por qué habríamos de sorprendernos de que no se contenga a sí mismo? Por supuesto, puesto que esto es lo que parece que se nos exige al comienzo. No obstante, nada impediría que el catálogo de todos los catálogos que no se contienen a sí mismos no se imprima él mismo, ¡en su interior!; en verdad, nada lo impediría, ¡ni siquiera la contradicción que deduciría de ahí Lord Russel!

Pero consideremos justamente esta posibilidad de que, para no contradecirse, no se inscriba en sí mismo.

Tomemos el primer catálogo. Sólo hay cuatro catálogos, hasta ahí, que no se contienen a sí mismos:

A B C D

Supongamos que aparezca otro catálogo que no se contenga él mismo; lo agregamos: E.

¿Por qué sería inconcebible pensar que hay un primer catálogo que contiene A, B, C, D, un segundo catálogo que contiene B, C, D, E, y no sorprendernos de que a cada cual le falte esta letra que es justamente la que lo designaría a él mismo?

Pero a partir del momento en que engendran ustedes esta sucesión, bastará luego con que la incluyan en el perímetro de un disco para darse cuenta de que no es porque a cada catálogo le faltará uno, y hasta más, que el círculo de esos catálogos no hará algo que es precisamente lo que responde al “catálogo de todos los catálogos que no se contienen a sí mismos”. Sencillamente, lo que constituirá esta cadena tendrá la propiedad de ser *un significativo de más* que se constituye por el cierre de la cadena, un significativo incontable y que, justamente, por ese hecho, podrá ser

designado por un significante. Puesto que, al no estar en ninguna parte, no hay ningún inconveniente para que un significante surja que lo designe como *el significante de más*, aquel que no se capta en la cadena.

Tomo otro ejemplo. Los catálogos no están hechos, en principio, para catalogar catálogos. Catalogan objetos que están ahí, a título de algo (donde la palabra “título” conserva toda su importancia. Sería fácil adentrarse en esta vía para volver a abrir la dialéctica del catálogo de todos los catálogos. Pero voy a tomar un camino más vivo puesto que se requiere que yo les deje algunos ejercicios para su propia imaginación. El libro. Entramos con el libro aparentemente en el universo del discurso. Sin embargo, en la medida en que el libro tiene ciertas referencias en las que también él puede ser un libro que ha de cubrir cierta superficie, un registro de algunos títulos, el libro comprenderá una bibliografía. Esto quiere decir algo que se presenta propiamente para darnos una imagen de lo siguiente: de lo que resulta en la medida en que los catálogos viven o no viven en el universo del discurso. Si yo hago el catálogo de todos los libros que contienen una bibliografía, ¡naturalmente yo no estoy haciendo el catálogo de las bibliografías! No obstante, al catalogar esos libros, en la medida en que en las bibliografías se remiten las unas a las otras, puedo recubrir bastante bien el conjunto de todas las bibliografías.

Es justamente ahí que puede situarse el fantasma que, propiamente hablando, es el fantasma poético por excelencia, el que obsesionaba a Mallarmé, el del *Libro* absoluto. A ese nivel es que, al anudarse las cosas al nivel del uso, no de los puros significantes sino de los significantes purificados, en la medida en que yo *digo* y que yo *escribo* que yo *digo*, que el significante está aquí articulado como diferente de todo significado, veo entonces esbozarse la posibilidad de ese *Libro* absoluto, cuya particularidad sería la de englobar toda la cadena significativa particularmente por lo siguiente: porque no puede ya significar nada.

En esto hay, pues, algo que resulta como fundado en la existencia a nivel del universo del discurso, pero esta existencia vamos a suspenderla de la lógica propia que puede constituir la del fantasma puesto que, así mismo, es la única que puede decirnos de qué manera esta región cuelga del universo del discurso. Seguramente, no quita que entre allí, pero por otra parte, es muy cierto que se especifica allí no por esta purificación de la que hablé hace poco, puesto que la purificación no es posible por lo que es esencial al universo del discurso, a saber, la significación. Y podría hablarles todavía cuatro horas más de ese *Libro* absoluto y seguiría siendo cierto que todo lo que digo tiene un sentido.

Lo que caracteriza la estructura de esa B (en la medida en que no sabemos dónde situarla en el universo del discurso, adentro o afuera), es muy precisamente ese rasgo que hace poco les anuncié al hacerles el círculo, únicamente con ese A B C D E en la medida en que, sencillamente, al cerrar la cadena resulta que cada grupo de cuatro puede, fácilmente, dejar por fuera de sí el significante extranjero que puede servir para designar al grupo, por la sencilla razón de que no está allí representado y que, sin embargo, la cadena total resultará constituir el conjunto de todos esos significantes, haciendo surgir esta unidad de más, incontable como tal, que es esencial para toda una serie de estructuras que son, precisamente, aquellas sobre las cuales fundé desde el año 1960 toda mi operatoria de la identificación. Es decir, lo que encontrarán ustedes, por ejemplo, en la estructura del toro: siendo muy evidente que al dar en el toro un cierto número de vueltas, al hacer operar una serie de giros completos en un corte, y haciendo la cantidad que quieran (por supuesto, entre más haya más satisfactorio será pero más oscuro también), basta con hacer dos para que, al mismo tiempo, se les aparezca ese tercero que es necesario para que esos dos se cierren y, si puedo decirlo, para que la línea se muerda la cola. Esa tercera vuelta, garantizada por el cierre en torno al hueco central, será aquella por la que resultará imposible no pasar para que los dos primeros bucles se traslapen.

Si no hago hoy el dibujo en el tablero es porque, en verdad, al decirlo digo lo suficiente para que me entiendan, y también bastante poco como para que les muestre que hay por lo menos dos caminos, en el origen, por los cuales puede efectuarse esto, y que el resultado no es para nada el mismo en cuanto al surgimiento de este *Uno de más* del que les estoy hablando.

Esta indicación sencillamente sugerente no contiene nada que agote la riqueza que nos ofrece el mínimo estudio topológico.

Hoy se trata de indicar únicamente que lo específico de ese mundo¹¹ de la escritura es justamente el distinguirse del discurso por el hecho de que puede cerrarse, y al cerrarse sobre sí mismo, justamente de ahí surgirá esa posibilidad de un “uno” que tiene un estatuto muy diferente a aquel del Uno que unifica y engloba. Pero este *uno*, que ya por el simple cierre (sin que sea necesario entrar en el estatuto de la repetición que, sin embargo, le está estrechamente vinculado), sólo por su cierre hace surgir lo que tiene estatuto de *Uno de más* en la medida en que sólo se sostiene de la escritura, y que, sin embargo, está abierto, en su posibilidad, al universo del discurso; puesto que basta, como ya lo hice notar, con que yo ESCRIBA (pero es

¹¹ O “modo” que se esperaría más. [S.].

necesario que esta escritura tenga lugar), lo que DIGO de la exclusión de este *uno*, basta esto para engendrar este otro plano que es aquel donde se desarrolla, propiamente hablando, toda la función de la lógica. La cosa nos queda indicada suficientemente por la estimulación que recibió la lógica al someterse al solo juego de la escritura, salvo porque le falta siempre recordar que esto sólo reposa en la función de una FALTA [*manque*] en lo escrito mismo y que constituye el estatuto como tal de la función de la escritura.

Hoy les digo cosas simples y es posible que esto mismo haga que este discurso les parezca decepcionante. Sin embargo, se equivocarían si no ven que esto se inserta en un registro de preguntas que le dan, a partir de entonces, a la función de la escritura, algo que no podría menos que repercutir hasta lo más profundo de toda concepción posible de la estructura, porque si la escritura de la que hablo sólo se soporta en el retorno, sobre sí mismo cerrado, de un corte (tal como lo ilustré con la función del toro), hemos aquí llevados a lo que los estudios precisamente más fundamentales vinculados con el progreso de la analítica matemática, nos han llevado, valga decir, hasta a aislar su función de *borde*.

Ahora bien, a partir del momento en que hablamos de *borde*, no hay nada que pueda hacernos sustantificar esta función, en la medida en que aquí deducirán ustedes indebidamente que esta función de la escritura consiste en limitar eso movedizo de lo que les hablé hace poco como lo movedizo de nuestros pensamientos o del universo del discurso. ¡Muy lejos de ahí! Si hay algo que se estructure como borde, lo que él mismo limita está en la posibilidad de entrar, a su vez, en la función bordeante. Y es justamente con eso con lo que hemos de vérnoslas.

O bien, entonces, y ésta es la otra cara sobre la cual entiendo terminar, se trata de recordar lo que desde siempre se conoce de esta función del *trazo unario*.

Terminaré evocando el versículo veintiséis de un libro al que ya me he referido en un tiempo, para comenzar a hacer escuchar lo que concierne a la función del significante. El libro de Daniel¹² (y respecto a una historia de pantalón de zuavo que allí se designa con una palabra que

¹² Daniel, V-25. Esta parte del texto del libro de Daniel desde el capítulo 2-4 hasta el final del capítulo 8 está redactada en arameo, el resto está en hebreo. “Bajo estas misteriosas palabras están los nombres de tres pesos o monedas orientales, una mina, un teqel, una media mina (parás). Y los términos se prestarían a la serie de juegos de palabras de los versículos 26-28 ya que *mené* sugiere el verbo *maná* (medir), *teqel* el verbo *iaqal* (pesar), y *parás*, a la vez, el verbo *parás* (dividir) y el nombre de los persas. Sobre el sentido del párrafo no hay unanimidad: alusión al valor decreciente de los tres imperios que se suceden (babilonios, “medos” y persas) o de los tres reyes: Nabucodonosor, Evil Merodak y Baltasar (o también Nabucodonosor, Baltasar y los reyes de los “medos” y “persas”), o es un adagio antiguo cuyo sentido se nos escapa”. Tomado de La Biblia de Jerusalén, página 1284.

sigue siendo lo que se llama un *hapax* y que es imposible de traducir, a menos que se trate de los chanclos que llevaban los personajes en cuestión).

En el libro de Daniel encuentran ustedes ya la teoría, que es la que les expongo, del sujeto, y precisamente surgiendo en el límite de este universo del discurso. Es la famosa historia del festín dramático, del cual de hecho ya no volvemos a hallar la mínima huella en los anales ¡pero poco importa!

Mené, mené, pues es así como se expresa el versículo 26, *Mené, Mené, Teqel, Parsín*, lo cual a menudo se transcribe con el famoso *Mené, Teqel, Parás*. No me parece vano que nos demos cuenta de que *Mené, Mené*, que quiere decir “contado”¹³, tal como lo subraya Daniel al interpretarlo para el turbado príncipe, se expresa dos veces como para mostrar la repetición más simple de lo que constituye el conteo. Basta con contar hasta dos para que todo lo que concierne a este *Uno de más* (que es la verdadera raíz de la función de la repetición en Freud), se ejerza y quede marcada por esto, salvo porque contrariamente a lo que se encuentra en la teoría de conjuntos, no se lo DICE.

No se dice esto: que lo que la repetición busca es repetir. Es, precisamente, lo que escapa por el hecho de la función misma de la marca, en la medida en que la marca es original en la función de la repetición. Es por eso que la repetición se ejerce por esto, porque se repite la marca, pero que para que la marca provoque la repetición buscada es necesario que, sobre lo que se buscaba de lo que la marca marca la primera vez, esta marca misma se borre en el nivel de lo que ella marcó; y que ahí se explica por qué lo que en la repetición es buscado, por su naturaleza, se escabulle, deja perderse el hecho de que la marca no podría duplicarse sino borrándose sobre lo que ha de repetirse, la marca primera, es decir, al dejarla escapar fuera de alcance.

Mené, Mené... En lo que es vuelto a hallar, algo está falto de peso: *Teqel*. El profeta Daniel lo interpreta, lo interpreta al decirle al príncipe que, en efecto, él fue pesado pero que algo falta allí, lo cual se dice *Parsín*. Esa falta radical, esa falta primera que se desprende de la función misma de lo *contado* en cuanto tal, este *uno-de-más* que no se puede contar, es lo que constituye propiamente esa falta-ahí a la que hemos de darle su función lógica para que ésta garantice aquello de lo que se trata en el *Parás* terminal, aquel que precisamente hace estallar lo que

¹³ V-26: “*Mené*: Dios ha *medido* tu reino y le ha puesto fin.” Así pues, es “contado” en el sentido de “tener los días contados” *Ibid.* [T.].

concierno al universo del discurso, de la burbuja, del imperio en cuestión, de la suficiencia de lo que se cierra en la imagen del Todo imaginario.

He ahí exactamente por qué vía tiene lugar el efecto de la entrada de lo que estructura el discurso en el punto más radical que es, seguramente, como lo he dicho siempre y lo he acentuado hasta llegar a emplear allí las más vulgares imágenes, la *letra* en cuestión, pero la *letra* en tanto que está excluida, en tanto que falta.

Está bien que, igualmente (puesto que hoy vuelvo a irrumpir en esta tradición judía sobre la cual, a decir verdad, había preparado tantas cosas y hasta llegué a engancharme en un pequeño ejercicio de aprendizaje de lectura masorética, trabajo éste con el que quedé, en cierta forma, envainado por el hecho de que no pude desarrollarles la temática que tenía la intención de desarrollar en torno al Nombre del Padre), que también de todo esto quede algo y, particularmente, que a nivel de la historia de la Creación, *Berechit Bara Elohim* comienza el Libro, es decir, con una *beta*. Y se dice que esta misma letra que hemos empleado hoy, la A, en otras palabras א, el *aleph*, no estaba, en el origen, entre aquellas de donde surgió toda la Creación.

Esto nos indica, pero en una manera, en cierta forma, replegada sobre sí misma, que es en la medida en que una de esas letras está ausente que las demás funcionan, pero que sin duda es en su falta misma donde reside toda la fecundidad de la operación.

Traducción: Pio Eduardo Sanmiguel Ardila
Colaboraron en la revisión de la traducción y de esta versión en español:

Álvaro Daniel REYES G., Arturo de la Pava O., Belén del Rocío MORENO C., Carmen Lucía DÍAZ L., Eduardo ARISTIZÁBAL C., Javier JARAMILLO G., Mario Bernardo FIGUEROA M., Pilar GONZÁLEZ R., Tania ROELEN S H.

Esta traducción continúa su marcha; así que, cualquier duda, comentario y/o precisión serán bienvenidos; comuníquelos, por favor, a la siguiente dirección electrónica:

pioeduardo.sanmiguelardila@gmail.com